

LECCIÓN 46.^a LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS SOBRE LA SEGUNDA VENIDA (II)

5. El «principio de dolores»

Al describir las guerras, pestes, hambres y terremotos que deben caracterizar a la edad presente desde el comienzo, el Señor usó una expresión que merece atención especial: «Todo esto será principio de dolores» (el original indica «dolores de parto», sufrimientos de la mujer que da a luz —Mat. 24:8—). Con estas palabras el Señor describe la época presente, y lo hace indicando que se trata de un tiempo de alumbramiento. En esta imagen se entrecruzan y enlazan dos realidades muy dispares; dolor y alegría. En efecto, se trata de un tiempo de sufrimiento, como el experimentado por la mujer en el parto, pero, al mismo tiempo, existe una atmósfera de esperanza y de gozo por lo que se espera; de modo que la época mesiánica, inaugurada con la primera venida de Cristo, es un período que se caracteriza por los dolores y las alegrías del alumbramiento de la nueva era. Esta enseñanza conecta con la estimación de la presente edad como «el último tiempo».⁵⁸

Los «dolores de parto» de que se habla aquí, nos recuerdan el pasaje de Pablo en Romanos 8:22, cuando describe los mismos dolores con que gime la creación entera. En dicha carta Pablo nos habla también de las alegrías que seguirán a dichos sufrimientos: la manifestación plena de los hijos de Dios: la adopción mediante la cual incluso la creación participará de la liberación de su servidumbre y corrupción.

En la misma línea de pensamiento, I.^a Tesalonicenses 5:3 habla de los «dolores de la mujer encinta». El contexto de este pasaje se refiere a la segunda venida del Señor y en él aparecen las mismas ideas: la presente edad final se caracteriza por los dolores de parto, y el alumbramiento final corresponderá a la venida de Cristo.

Mediante estos textos —y otros en la misma corriente teológica— la Escritura enseña que las catástrofes, persecuciones y dolores en general del pueblo de Dios constituyen la característica del período en que vivimos hasta el final de los tiempos. Su intensidad puede variar, y hasta pueden espaciarse las épocas más conflictivas, debido a los avatares esporádicos en determinados períodos de la historia. Lo evidente es que los «dolores» anunciados en Mateo 24:5-8 visitarán la tierra y lo harán con mayor intensidad todavía al final de los últimos tiempos. Pero dado que la frecuencia de tales «dolores» es notoria en cualquier edad, y casi constante en la historia de muchos países, ello impide que puedan ser tomados como «señales» infalibles. Fijémonos en que las guerras, hambres, pestes y terremotos no son, en palabras de Jesús, más que «principio de dolores»; se trata simplemente del comienzo. Podemos precisar los indicios, pero no el final exacto en el reloj de la historia. Es bien conocido que los dolores de parto, tras los primeros síntomas muy intensos y fuertes, suelen ser intermitentes hasta que llega el momento preciso de dar a luz, el más severo y difícil de todos. Y así será también al término de la era actual, la postrera de la humanidad, como claramente se predice en Apocalipsis.

El símil de los «dolores de parto» conecta también con Jeremías 30:5-7, pasaje en que el profeta predice el retorno de los judíos de Babilonia (vers. 3), y luego contempla «el tiempo de angustia para Jacob», sobre el que precisa: «Inquirid ahora, y mirad si el varón da a luz; porque he visto que todo hombre tenía las manos sobre sus lomos, como mujer que está de parto, y se han vuelto pálidos todos los rostros. ¡Ah, cuán grande es aquel día! Tanto, que no hay otro semejante a él: tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado. En aquel día, dice Jehová yo quebraré el yugo de tu cuello...» (Jer. 30:6-8).⁵⁹

Sí pues, consideramos esta época última de la humanidad que cubre todo el tiempo entre el primero y el segundo advenimiento de Cristo como un período de «dolores de parto» (y tenemos base para hacerlo, apoyados en las referencias bíblicas apuntadas), podemos interpretar el tiempo de angustia para Jacob» como el que se extiende desde la destrucción de Jerusalén

hasta el día de hoy. En esta perspectiva, las palabras «pero de ella será librado» (vers. 7) parecen hallarse ahora en vísperas de su cumplimiento.

6. Un contraste iluminador

En el mensaje de Jesús en el Monte de los Olivos aparece un contraste al que hay que prestar especial atención si queremos interpretar correctamente, no sólo esta profecía, sino también todas las demás que tienen que ver con el final de esta presente edad.

Al examinar cuidadosamente todo el discurso —sin olvidar los paralelos de Marcos y Lucas—, comprobamos que Jesucristo divide el futuro en dos periodos bien señalados. El primero de estos periodos se extiende desde el tiempo en que Jesús pronunció sus palabras hasta el momento de la destrucción de Jerusalén; el segundo abarca la época que se extiende a partir de dicha destrucción de la ciudad santa hasta la segunda venida del Señor. «Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes...» (Mat. 24:15). A partir de este versículo 15, y hasta el 26, el Señor habla a sus discípulos sobre la invasión de Judea por las tropas romanas y el asalto final a Jerusalén. Jesús estaba presto a darles información sobre lo que era inminente, lo que iba a acontecer en aquella misma generación y que ellos verían con sus propios ojos. Por consiguiente, sobre dicho período el Señor advierte: «Mas vosotros mirad; os lo he dicho todo antes» (Mar. 13:23).

A partir de aquí el Señor comienza a referirse al segundo periodo en que divide la historia (Mat. 24:27-31; Mar. 13:24-27). «Pero en aquellos días, después de aquella tribulación...si (Mar. 13:24) el Señor afirma que regresará en gloria, aunque no da demasiados detalles sobre el particular. En lugar de ofrecer una abundante información, como la que dejó a sus contemporáneos sobre la próxima caída de Jerusalén, y en vez de dar alguna señal inequívoca por medio de la cual su pueblo pudiese ser advertido de la inminencia de su segundo retorno, en lugar de estos signos claros. Jesús habla solamente en términos generales, y sólo en un punto es realmente explícito, sin dejar lugar a dudas o ambigüedades: no serán reveladas señales que declaren a su pueblo por anticipado su segunda venida. Esta característica —la imprevisión, lo repentino— de la segunda venida (cf. Mat. 24:27; 1.^a Tes. 5:2, 3) es algo que se repite constantemente, se enfatiza con insistencia, de tan variadas y diferentes maneras, que constituye la clave de la interpretación, no sólo del discurso del Monte de los Olivos, sino de todas las profecías que tienen que ver con la segunda venida del Señor. He ahí un tremendo contraste: mientras que los acontecimientos próximos a los contemporáneos de Jesús serán precedidos de alguna señal, por medio de la cual sus discípulos podrán discernir su inminencia, todo lo relativo a su advenimiento en gloria al final de los tiempos carece de señales suficientemente concretas y exactas para poder predecir el evento con anticipación.

Cuanto iba a ocurrir a la generación que escuchó de labios de Jesús el discurso del Monte de los Olivos no sólo era conocido, sino que podría ser fácilmente reconocido por los eventos que precederían a su plena realización; las señales eran demasiado claras como para equivocarse. Por el contrario, la segunda venida aparece anunciada en términos que ponen en claro su realidad, pero al mismo tiempo dejan ambiguos los detalles. ¿Cuándo volverá el Señor? Del día y de la hora —manifestó Jesús mismo— nadie sabe; ni siquiera el Hijo del Hombre puede revelar lo ya que, en tanto que hombre y sometido a las limitaciones de su humanidad durante su ministerio terrestre, ni El lo sabe. Además, no es la voluntad de Dios el que haya señales suficientemente explícitas que aperciban a los discípulos de la proximidad de la segunda venida. Más bien, el consejo es esperar en cualquier tiempo su venida (Lúc. 21:36).

Con respecto a la primera profecía (la destrucción de Jerusalén en el año 70), había dicho: «Mas vosotros mirad; os lo he dicho todo antes» (Mar. 12:23). Acerca de la segunda profecía (el regreso del Señor en gloria), dijo: «Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles

que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre-» (veis. 32).

No es muy serio el recurso de quienes, tratando de eludir la fuerza del versículo 32, arguyen sofisticadamente que lo único que queda en la incertidumbre es «el día y la hora», pero no la época o el tiempo exacto de la segunda venida. Intentan así poder seguir con su «juego» de hacer cálculos y esquemas de acontecimientos que suponen previos a la segunda venida. Se trata del misterio tocante al día y a la hora —nos dicen—, pero no al año; ¿qué impide que tratemos de saber el año? Nosotros replicamos que debería bastar el ridículo que han corrido un buen número de sectas que se atrevieron a profetizar tales cosas. Cuando escribo estas líneas —al término de 1975—, compruebo el fracaso de los «Testigos de Jehová», que se aventuraron una vez más a señalar dicho año, y el mes de octubre, como la fecha para el fin del mundo. Pero, aun soslayando estas grotescas experiencias, la hermenéutica del texto nos obliga a otra clase de exégesis. lejos de tanto infantilismo y absurdo. Las palabras del Señor en Marcos 13:32 indican claramente que el tiempo, la época precisa, de su segunda venida no es tema revelado y que se trata más bien de señalar expresamente su misterio en cuanto a fechas.

Jesús quiere hacernos ver la incertidumbre que debe reinar en todo lo referente a su venida en gloria, repentinamente. Debe ser así; de lo contrario, no sería repentina. Además, el versículo siguiente dice bien a las claras: «Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuando será el tiempo» (vers. 33). De modo que no es cuestión tan sólo del «día» u «hora», sino que es el tiempo lo que permanece enigmático. Finalmente, la enseñanza de los versículos 33-37, con la parábola que ilustra la enseñanza aquí enunciada por el Señor, no deja lugar a dudas sobre esta cuestión: el tiempo de la segunda venida es, para nosotros, incierto; incertidumbre que se extenderá a todo lo largo y ancho del período entero de la ausencia del Señor,

Así como explicó Jesús una parábola para ilustrar el significado de sus palabras sobre el período previo o la destrucción de Jerusalén (la parábola de la higuera), así también pronunció otra parábola para ilustrar y precisar la enseñanza concerniente al período que siguió a la destrucción de Jerusalén, y también pronunció otra parábola para ilustrar y precisar la enseñanza concerniente al período que siguió a la destrucción de Jerusalén, y en el cual todavía vivimos; período que describe como «aquellos días, después de aquella tribulación» (vers. 24) y que Lucas define como «tos tiempos de los gentiles» (Lúc. 21:24).

El sentido de la primera parábola —que ilustra la primera profecía— consiste en señalar que, de la misma manera que sabemos que el verano se acerca cuando la rama de la higuera está tierna y brotan las hojas, así también la presencia de los ejércitos romanos en Judea será una señal segura de la proximidad del cumplimiento de la profecía acerca de Jerusalén.

No menos clara es la enseñanza de la segunda parábola, porque el Hijo del Hombre «es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase» (Mar. 13:34). El Señor mismo se aplica esta parábola y la aplica igualmente a la enseñanza básica de toda profecía sobre su segunda venida: la incertidumbre, lo repentino de su llegada. En efecto, dice el Señor: «Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el Señor de la casa, si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad» (vers. 35-37). Es evidente que esta segunda parábola enseña exactamente lo contrario de la primera. La noche se dividía, de acuerdo con las costumbres de aquel tiempo, en cuatro vigiliias. El Señor se refiere a su ausencia como «noche»; puede llegar en cualquiera de las cuatro vigiliias de la noche. De esta manera, el problema del tiempo de su segunda venida fue dejado, ex professo, ya desde el principio dentro de la mayor incertidumbre; hasta tal punto que, después de la destrucción de Jerusalén, la única manera de que el regreso del Señor en gloria no nos tome desprevenidos consiste en velar; no en buscar señales, ni en contar fechas, sino en velar. Hemos de procurar que, «cuando venga de repente», no nos halle durmiendo; porque esto puede ocurrir en cualquier momento.

El relato de Marcos expone la enseñanza de Jesús de una manera positiva, mostrando la posibilidad de que pueda volver en cualquier momento, en cualquiera de las vigilijs de la noche. En Mateo (y también en Lucas 17:24-30) el énfasis es negativo, es decir, se trata de subrayar que la segunda venida de Cristo no será precedida de ninguna señal específica.

El regreso del Señor en gloria será como lo acontecido en los días de Noé, cuando la vida cotidiana seguía su curso «hasta el día en que Noé entró en el arca» (Mat. 24:37, 38), y como también ocurrió en los días de Lot: «comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban, mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y los destruyó a todos» (Lúc. 17:28-30). La intención de las palabras de Jesús no puede ser más clara.

De estas enseñanzas de Jesucristo se desprende que no hay mayor absurdo, extravagancia y despiste espiritual que el tratar de calcular —a partir de cualquier cifra o número que hallemos en la Biblia— el año, aproximado o exacto, el tiempo y las condiciones en que se producirá la segunda venida de Cristo. Si Cristo mismo no quiso saberlo (Mar. 13:32) ni, por consiguiente, revelarlo, ello supone que no hay en la Escritura ni un solo dato para que nosotros intentemos computar fechas o tiempos.

Esto explica la imposibilidad en que se hallan muchos cristianos de poder aceptar lo que hoy tantos aceptan, llevados por aficiones a la escatología-ficción; la revelación de Jesucristo al final de una supuesta «gran tribulación» de determinado tiempo (siete años, de acuerdo con la mayoría de los dispensacionalistas, o tres años y medio según otros dispensacionalistas). Los que ubican la revelación de Jesucristo al término de la hipotética «gran tribulación» no son conscientes de que están contradiciendo al Señor mismo, dado que dicha «tribulación» sería una señal segura, infalible, de la inminencia de su segunda venida.

7. Señales en el sol, la luna y las estrellas

«Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará a sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo» (Mar. 13:24-27).

Este pasaje podría entenderse en el sentido de que lo que acontece en el sol, la luna y las estrellas son señales precursoras de la inminente llegada del Señor de gloria. Pero la enseñanza de Cristo mismo que hemos estado estudiando nos impide tal interpretación. Esta dificultad, por otro lado, nos espolea para investigar y hallar su verdadero sentido en otra dirección.

Un estudio de todos los pasajes paralelos en Mateo, Marcos y Lucas nos hace ver que las señales en el sol, la luna y las estrellas, así como la angustia de las gentes y el desfallecimiento de los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán, más que señales precursoras son expresiones de la parusia misma, es decir, forman parte de la manifestación del Señor, como su cortejo. Lejos de advertirnos por anticipado, lo que hacen es proclamar que el Mesías ya está aquí, viniendo en las nubes con poder y gloria.

«El sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria» (Mat. 24:29-30).

Tanto las señales cósmicas como la misma «señal del Hijo del Hombre» no sirven como

premoniciones de la segunda venida, sino que son ya la demostración de que Cristo ha llegado. Estas señales no cumplirán una función de advertencia como las que fueron dadas con respecto a la destrucción de Jerusalén, sino que se producirán en el momento mismo en que el Señor aparezca y, por lo tanto, no tienen carácter precursor, sino final. «Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus...» ¿Por qué este lamento? Porque ya no hay más oportunidad; se acabó la época de la predicación del Evangelio; quienes no sean salvos cuando aparezca dicha señal (y las señales cósmicas que la acompañarán como el alba anuncia el día), no pueden serlo ya jamás.

De ahí el énfasis del Señor en que veamos. Y esta vela implica esperar no tanto señales — como fue el caso, cuando la destrucción de Jerusalén, para poder así escapar a las montañas, lejos de la ciudad asediada por los romanos— cuanto al mismo Señor que viene a buscarnos. La expectativa de nuestra parte consiste en un devoto anhelo de recibir al Señor. No debemos esperar señales, sino al Señor mismo.

El carácter de las señales cósmicas, como manifestaciones del poder divino que acompaña siempre a la parusia, se hace evidente al aparecer con persistencia en los textos sagrados cuando hablan del «Día de Jehová», el «Día del Señor», anunciado por los profetas (cf. Am. 5:18; 8:9; Jer. 4:23-26; Ez. 32:7 y ss.; Miq. 1:3-4; Jl. 2:10; 3:4; 4:15; Is. 13:9-10; 34:4 — parece que el Señor citó, sobre todo, estos últimos textos de Isaías). Hay más: no sólo se dan estos signos de estremecimiento cósmico en relación con la segunda venida, sino que acompañan también a las diversas teofanías que se mencionan en la Biblia. Toda manifestación de Jehová (por ej. en Ex. 13:23) suele describirse con imágenes parecidas. En la parusia se les añaden las más netamente apocalípticas: conmociones terrestres, guerras, hambres y seísmos, sufrimientos y angustias increíbles, catástrofes celestes, el rayo y la nube, y los dolores de parto. Esto ha hecho pensar a algunos comentaristas que se trata más bien de un estilo propio, apocalíptico, que se repite siempre que lo exige el tema de la parusia o de la teofanía bíblicas y que, por lo tanto, ha de entenderse, no al pie de la letra, sino en sentido simbólico como expresión de la realidad del fin del mundo. El día de Pentecostés, Pedro citó la profecía de Joel en la que aparecen tales elementos característicos de la parusia (Hech. 2:16-21). El apóstol considera cumplida aquel día la profecía de Joel, sin que se hubiesen visto, literalmente, otras señales que las lenguas de fuego (V. Jl. 2:27. 30).

Todavía otros comentaristas opinan que este brillante simbolismo del lenguaje apocalíptico hace referencia a los poderes políticos del mundo. Todo lo que representa el poder se desmoronará como un castillo de naipes. En apoyo de dicha interpretación los citados exégetas aportan el constante simbolismo bíblico para aludir a los gobiernos, los estados y cuantos detentan posiciones de mando y poder. Por ejemplo, en Génesis 37:9, 10 el sol, la luna y las estrellas tienen esta connotación. Los textos de Ezequiel 32:7; Joel 2:31 y 3-15, así como Apocalipsis 12:1, parecen orientarnos en dicha dirección política más que astronómica, puesto que el sol hace las veces de figura de autoridad terrena en un sentido amplio, y la luna de menor autoridad, mientras que las estrellas son como personajes prominentes en las altas esferas. «Las potestades de los cielos serán conmovidas» (Mat. 24:29), leemos en Mateo, en Marcos y en Lucas. Pablo, en Romanos 13:1, afirma que «no hay potestad sino de Dios», y Pedro utiliza la misma palabra cuando se refiere al Cristo ascendido a la diestra del Padre: «ángeles, autoridades y potestades» sujetos a él (1.^a Ped. 3:22). Sea cual sea la interpretación que demos a estas señales en los cielos, la verdad es que la voz del cual conmovió entonces la tierra, ahora ha prometido: Aún una vez y conmovere no solamente la tierra, sino también el cielo» (Heb. 12:26). Aquí conviene recordar lo dicho en la lección 28.^a.

El texto de Mateo (24:29) ofrece una dificultad en la expresión con que comienza; «E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días (la destrucción de Jerusalén en el año 70), el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor...» Pero, como indica el New Bible Dictionary⁶⁰ «Inmediatamente (griego: entileos) puede tener un sentido mucho más débil (euthys) como lo comprobamos en Marcos».

Por otra parte, Mateo, aunque es más abundante, es menos ordenado en la presentación del material profético que Marcos o Lucas. La Biblia de Jerusalén observa con razón que Mateo, a veces, mezcla los materiales proféticos porque en su mirada se funden varias perspectivas distintas y lejanas en el tiempo:

«Dos perspectivas marcan este discurso: la de la ruina de Jerusalén (que tuvo lugar el año 70) y la del fin del mundo. Es posible que la predicación de Jesús las haya distinguido más netamente (se encuentra, en Lucas un discurso distinto sobre su Vuelta al fin de los tiempos, cuyos elementos se incluyen aquí en vers. 26-27, 28. 37-39, 40-41). Pero en el texto actual de Mateo, como en Marcos 13 y Lucas 21, ambas perspectivas están fundidas y mezcladas más bien que yuxtapuestas. Esta fusión misma responde a la verdad teológica. Porque si bien los dos acontecimientos son cronológicamente distintos, tienen entre sí un ^Anexo esencial, ya que el primero es el preámbulo y la prefiguración del segundo. La ruina de Jerusalén Señala el fin de la antigua Alianza, con una vuelta visible de Cristo que viene a inaugurar su Reino. Este acontecimiento decisivo en la historia de la salvación no se renovará ya hasta el fin de los tiempos, cuando Dios ejecute sobre todo el género humano, ya elegido en Cristo, el mismo juicio que entonces ejecutó sobre el primer pueblo elegido. Por eso la ruina de Jerusalén se describe aquí con los rasgos característicos del "Día de Yahveh" anunciado por los profetas, cf. Am. 5:18 y ss.; 8:9 y ss. Esta intervención de Dios en la historia interesa, más que en cualquier otra, a todo el cosmos y anuncia su fin: el verdadero fin del mundo no será más que su consecuencia final y amplificada.»⁶¹

Esta interpretación asume que las figuras de lenguaje de los versículos 26-28, aun perteneciendo al estilo apocalíptico, se refieren a la destrucción de Jerusalén (cosa evidente por el paralelo con Lúe. 17:37). Puede hablarse propiamente de una venida de Cristo, por medio de su Espíritu, para iniciar la extensión de su Reino, mediante la Iglesia, por todo el mundo, después de la destrucción de la ciudad santa. ¿No interroga Jesús al perseguidor Saulo con estas palabras: «¿Por qué me persigues?» (Hech. 9:4), cuando en realidad el celoso fariseo perseguía a la Iglesia? La doctrina del Cuerpo de Cristo⁶² ayuda a comprender este punto. El paralelo de Lucas 17:37 es contundente para dicha interpretación.

La aludida mezcla y refundición de elementos apocalípticos para describir las dos profecías del Señor (la gran tribulación y la destrucción de Jerusalén en el año 70, y la segunda venida del Salvador en gloria) es algo evidente desde el comienzo mismo del discurso del Monte de los Olivos, particularmente en Mateo. Por ejemplo, la sección de Mateo 24:4-14 puede entenderse tanto del presente siglo, que abarca toda la edad que va desde la destrucción de Jerusalén hasta la segunda venida, como del período de la gran tribulación, previo a la destrucción de la santa ciudad. Es así, porque los elementos son, no sólo proféticos, sino, sobre todo, de valor perenne como admonición para vivir en espera de los juicios de Dios (ya sean los que cayeron sobre Palestina en el año 70, o bien los de los «últimos tiempos».⁶³ A pesar de la nota 1 a Mateo 24:34 de la Biblia de Scofield, de que ninguna de las cosas que se enumeran en Mateo 24:4-14 se cumplió en el asedio y destrucción de Jerusalén en el año 70, lo contrario es verdad. Los falsos cristos se multiplicaron como los hongos en toda la primera mitad del primer siglo (vers. 5): y en cuanto a los anticristos, Juan es bien explícito (1.^a Jn. 2: 18, 22: 4:3; 2.^a Jn. 7; cf. 1.^a Tim. 4:1). «Hubo un número incalculable de pretendientes a la mesianidad en el primer siglo» (.cf. Mat. 7:15), dice el New Bible Dictionary.⁶⁴ En cuanto a las guerras, hambres y pestes de los versículos 6 y 7, no le sería difícil al historiador Flavio Josefo la interpretación de dichas desgracias, como no lo es para cualquier historiador moderno que conozca la serie de sucesos que se desarrollaron en relación con las guerras judías.⁶⁵ La persecución y las disensiones internas a que aluden los versículos 9 y 10 describen los problemas más acuciantes a que tuvieron que hacer frente los primeros discípulos.⁶⁶

Con estas palabras el Señor demostraba su don profético al predecir el porvenir inmediato de su pueblo: la infidelidad del judaísmo, denunciado a lo largo de todo su ministerio, su vocación al deicidio que culminó con la crucifixión del Hijo de Dios, su endurecimiento que halló bien pronto expresión en las persecuciones de que hicieron objeto a las comunidades cristianas primitivas en todas partes, su falso mesianismo que les acarreó un sinnúmero de dificultades y problemas político-nacional-religiosos; todo esto tenía que abocar al desastre final del año 70. Roma estaba ya cansada de aquellas gentes, y Dios también, por lo cual permitió que, como antaño Asiria y Babilonia fuesen el brazo ejecutor de su ira. en esta ocasión el gran Imperio latino desempeñase esa función. Sin embargo, dentro de aquellas circunstancias, el Señor se encargaría de guardar a los suyos y aun servirse de ellos para un testimonio eficaz (Mat. 10:17-21). Comentando las palabras «os entregarán a tribulación», G. Gander escribe:

«Los judíos del año 70 en Palestina no podían hacer otra cosa sino perseguir, encerrar y aun matar a los discípulos del Nazareno, llevados del temor de que acaso, de una manera o de otra, fueran partidarios de Roma; en cualquier caso, sabían que eran enemigos del nacionalismo judío radical, causa principal de la conflagración. Y esto será "por causa de mi nombre". Los Doce, los setenta, los discípulos en general, no querían saber otra cosa sino a Jesucristo crucificado y Señor de la Iglesia; colocaban el Evangelio por encima de todo otro interés. Tal actitud lea convirtió en cristianos antes que en judíos. Cuando surgieron las primeras escaramuzas con los romanos en el año 66, y luego en plena guerra en el 68, los cristianos sabían —porque lo había predicho su Maestro— que no podían esperar sino persecución y odio. De ahí que muchos huyeron a Pella y a otras regiones. Como resultado de estas dificultades, "muchos tropezarán": los tibios, los indecisos, y en su decaimiento espiritual llegarán a delatar al hermano fiel, sembrando odios donde sólo debería haber amor (vers. 10); es el sino inevitable de la apostasía. Y se levantarán "falsos profetas y engañarán a muchos" (vers. 11). El Sermón del Monte presenta ya a esta clase de embusteros (Mat. 7:15). "Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará" (vers. 12). Apagada la fe, el amor que se nutre de ella tiende igualmente a desaparecer; se trata, por supuesto, del amor cristiano: el amor a Dios, a los hermanos y al prójimo. "Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (vers. 13). "Y será predicado este Evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (vers. 14). La Buena Nueva deberá ser predicada en todo el mundo, la oikoumene, es decir, la tierra habitada. Pero este concepto, en el lenguaje bíblico, suele quedar siempre restringido a la tierra o mundo conocidos por el autor del texto. El sentido, en cuanto amplitud, debe siempre entenderse condicionado a los horizontes que del mundo tenía cada escritor sagrado.»

La Biblia de Jerusalén —siguiendo en esto a los mejores eruditos— traduce oikunene por el mundo greco-romano. Y comenta: «Es preciso que antes del castigo de Israel todos los judíos del Imperio hayan oído la Buena Nueva, cf Rom. 10:18; el "testimonio" llevado ante los pueblos valdrá en primer lugar contra el judaísmo infiel, cf. ya Mateo 10:18. El Evangelio llegó efectivamente a todas las Puertas vitales del Imperio Romano ya antes del año 70. Cf. 1ª Tes. 1:8; Rom. 1:5, 8; Col. 1:6, 23. Y entonces vendrá el fin: es decir, la caída de Jerusalén.»⁶⁷ Pablo era consciente de haber llenado del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo toda la oikumene conocida por él; de modo que es perfectamente posible interpretar todo esto como cumplido antes de la caída de Jerusalén.

Añádase a ello el texto arameo que G. Gander —investigador en dicha vertiente textual y con ayuda de todos los MSS existentes— ofrece del versículo 14:

«Tal es la Buena Nueva del Rey de los cielos. Será menester proclamarla en el mundo entero, como un testimonio a todas las naciones. Y entonces, solamente entonces, podrá operarse la renovación efectiva (o la regeneración).»⁶⁸

Esta versión daría todavía más fuerza a la aplicación del versículo 14, como hace la Biblia de Jerusalén, a la caída de Jerusalén, puesto que después de tal hecho se inicia el avance, en amplitud y profundidad, del Evangelio que regenera, y el Reino transformador penetra en todos los países.

La expresión «y entonces vendrá el fin» puede igualmente entenderse como el anuncio del último tiempo, no necesariamente la segunda venida, sino «los últimos tiempos» del testimonio evangélico, que preceden a la parusia desde el primer siglo, según hemos estudiado en otra lección. «El fin», pues, será el de la antigua Alianza, significada por la destrucción del templo (Mat. 27:51).

Pero, tras haber dicho todo esto, volvemos a insistir en que Mateo mezcla elementos apocalípticos del final para describir la ruina de Israel; por lo que creemos, siguiendo también a Edersheim, que esta sección (Mat. 24:9-14), tanto o más que la anterior (vers. 5-8), contiene advertencias de carácter muy general y universal y así pueden aplicarse igualmente, por extensión, a las generaciones que habrán de vivir antes de la segunda venida, como lo fueron a los contemporáneos del Salvador. La variedad de instrucción espiritual, y no sólo profética, confiere a todo este pasaje un valor incalculable que va más allá de su primera aplicación en el primer siglo.

Esta mezcla y refundición de estilos apocalípticos y distintas profecías es algo que debe tenerse en cuenta, por consiguiente, cuando estudiamos la sección de Mateo 24:27-28, pues resulta evidente que, por el paralelo con Lucas 17:37, se refiere al tiempo iniciado con la destrucción de Jerusalén, cuando el Reino de Dios comenzará a venir de improviso (Lúc. 17:20 y ss.); es decir, nuestro presente siglo hasta la segunda venida del Señor en gloria. El lenguaje, no obstante, se torna más y más apocalíptico con la imagen del relámpago (Mat. 24:27). Finalmente desemboca en lo específicamente apocalíptico: el momento de la segunda venida, en el versículo 29. No debe esto extrañarnos, pues en todos los profetas del Antiguo Testamento, hallamos un proceder y un estilo idénticos. Después de anunciar los castigos de Dios sobre su pueblo —castigos más o menos próximos, pero siempre cercanos—, el profeta solía anunciar la esperanza final, la seguridad bendita del «Día de Yahveh», el «Día del Señor», en que todas las cosas serán hechas nuevas tras el juicio universal. Dentro de este esquema, clásico en los profetas, Mateo ha recogido las palabras del Señor para profetizar que el castigo inminente será la destrucción del templo. E inmediatamente salta (vers. 29) al tiempo que va «después de la tribulación de aquellos días» a la aparición del Hijo del Hombre en el cielo, con las señales cósmicas que ya hemos comentado, señales que no son tanto indicios de la segunda venida como aspectos de la misma. En la propia línea de los profetas —indicar primero las circunstancias contemporáneas, y luego las del Día del Señor—, el discurso del Monte de los Olivos hace una primera referencia a lo inmediato y luego a la parusia definitiva cuando venga el Hijo del Hombre en las nubes. Observemos que para los primeros discípulos la destrucción del templo y el fin del siglo con la segunda venida del Señor no eran dos acontecimientos separados por siglos, sino un mismo y único suceso (Mat. 24:1-3); de ahí que el Señor tenga que hacer diferencia entre ambos, aclarando constantemente: «Mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin» (vers. 6); como diciendo, no confundáis las cosas: «Vosotros mirad; ya os he dicho antes» (Mar. 13:23), en relación con la destrucción del templo y de Jerusalén; pero «de aquel día y de la hora (definitivos, es decir, del día y de la hora de la segunda venida) nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo...» (Mar. 13:32).

Después de la muerte, resurrección y ascensión del Señor los discípulos han empezado a comprender. Tras los acontecimientos del 70, con la ayuda del Espíritu Santo, la comprensión será total. Pero antes ya de esta fecha, cuando Pablo escribía a los cristianos de Tesalónica, la enseñanza escatológica estaba bien definida, sin las confusiones primeras. «Porque vosotros sabéis perfectamente —les escribe— que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón» (1.ª Tes. 5:2-4). Los cristianos no estamos en tinieblas porque somos hijos de luz; ahora bien, esta luz no procede de cronologías proféticas, ni de mapas o tablas que detallen acontecimientos premonitorios del Día del Señor. Ser hijo de luz, andar en la luz, vivir en la luz, equivale a velar en oración y en fidelidad, en vigilia tensa de expectación, no tanto de señales como de! Señor mismo. «¡Ven, Señor Jesús!» (Apoc. 22:20) es el anhelo del creyente maduro y sensible, espiritualmente hablando.

Finalmente, se hace necesaria una puntualización: la interpretación que hemos dado a lo que comúnmente se conoce como «la gran tribulación» no pone en duda que quedan muchas tribulaciones en la experiencia futura del pueblo de Dios. Muchas aflicciones sobrevendrán a los fieles, y muy particularmente al final de esta presente edad, al término de «los últimos tiempos». Todo ello será seguido, como climax, de las copas de la ira de Dios (Apoc. 15:1 y ss.). En ninguna parte de la Escritura se dice que los cristianos, la Iglesia, se haya de ver libre de tribulaciones al final de la historia. Más bien, lo contrario es verdad.

Pero, independientemente de la naturaleza y la severidad de los sufrimientos que todavía tienen que venir al mundo y a la Iglesia, aquella concreta tribulación de los años 66 al 73 de nuestra era —que culminó con la destrucción del templo y de la ciudad de Jerusalén en el 70—, y a la que el Señor llamó «la gran tribulación» y «días de retribución», fue la ejecución del juicio divino sobre el pueblo judío, el pueblo del profeta Daniel, y sobre la santa ciudad, para dar fin a la antigua Alianza en términos de judaísmo. El brazo ejecutor de aquella «gran tribulación» fue el imperio Romano, cuyos ejércitos iban mandados por Tito. La «gran tribulación» es, en conclusión, una profecía cumplida.⁶⁹

Notas:

58. Véase la lecc. 49.^a

59. El simil de los dolores de parto y del alumbramiento se repite también en Juan 16:21-22, aunque en diferente contexto.

60. En el artículo sobre Matthew. p. 845.

61. Biblia de Jerusalén, nota general a Mateo 24. pp. 1336-1337.

62. Véase F. Lacueva, La Iglesia, Cuerpo de Cristo.

63. Véase la lecc. 49.^a

64. En el lugar antes citado.

65. «El versículo 7 incluye "terremotos en diferentes lugares" en la lista de calamidades descritas. Sin embargo, no es necesaria esta traducción, la cual, como señalan muchos exégetas, se debe a que los traductores han atribuido un carácter apocalíptico a dichas palabras. En arameo. el término zou'á quiere decir: "agitación, conmoción. tumulto, temor,

temblor" (que no siempre tiene que ser de tierra: puede ser personal); y en la traducción griega seísmos equivale a "conmoción, temblor de tierra y resquebrajamiento". El sentido que se impone más naturalmente en esta porción es el de agitación y temor o temblor de las almas. Se trata del miedo que cundió en Palestina por los acontecimientos producidos allí con motivo de la insurrección judía del año 70 contra los romanos y la guerra que siguió. Todo el país fue azotado por las consecuencias de esta guerra, arruinado y vejado por los ejércitos romanos, vengativos y crueles. La contienda comenzó el 3 de junio del 66, alcanzó su máxima virulencia en el año 70, y terminó definitivamente con el total asolamiento de Palestina en el mes de mayo del 73. Tan sólo los cristianos pudieron salvarse, porque sólo ellos hicieron caso de las advertencias de Jesús. Se sabe con certeza que muchos huyeron a Pella en el 68» (G. Gander, *L'Évangile de l'Église, Labor et Fides, Gêneve, 1969. p. 417*).

66. Véase G. D. Kilpatrick. *The Origins of the Gospel According to St Matthew, 1946, pp. 101-123*: «El judaísmo hostil a que se refiere Mateo 24:9 no era solamente el del tiempo de Jesús, sino también el de los años 70 a 135, cuando los rabinos acusaban en todas partes al cristianismo de herejía, catalogándolo como una secta judía más e igualmente despreciable que las otras sectas. En aquel entonces, la iglesia judeocristiana no se había desligado aún totalmente de su patrimonio judío, sino que se consideraba, al contrario, como el judaísmo verdadero». P. Bonnard. en su comentario a Mateo, escribe que el evangelista «ha introducido en estos versículos (10-13) una descripción de los odios internos y externos, pero sin hacer mención explícita de las sinagogas, los gobiernos o los reyes de Marcos 13:9». Vemos, pues, que no sólo antes del año 70, sino incluso después (hasta el 135 al menos) podría aplicarse este pasaje a las condiciones de vida a que estaban sujetos los discípulos de la iglesia primitiva. G. Gander sitúa este pasaje antes del año 70: «Es evidente que las autoridades, que tan triste papel jugaron en la muerte de Jesús (Mat, 26:3 y ss.), en el encarcelamiento de los apóstoles (Hech. 5:17 y ss) y en la ejecución de sus discípulos (Hech. 6:8 y ss.), incitaron a "todas las gentes" para que aborrecieran a los cristianos (el. Hech. 9:1 y ss.)» (G, Gander, o. c., pp. 419 y ss.).

67. Página 1337 (el subrayado es nuestro).

68. O. c., p. 418.

69.. Véase J. Grau, *Las profecías de Daniel*.